

común, la sociedad misma le testifica de un modo incompre-
hensible su reconocimiento, le abastece de todo socorro, y le
franquea gratuitamente nuevos descubrimientos para hacerle
felices sus fatigas.

En efecto, todo el globo que habita el hombre se ve cu-
bierto de producciones sacadas á luz con su industria; todas
son obras executadas por sus manos, y realmente su improbo
trabajo es el que obliga á la tierra á que nos fructifique, y la
misma Providencia parece se recrea en multiplicar los frutos á
manera que el hombre mas se afana y desvela en inventar nue-
vos métodos para hacer feliz la sociedad; y quando por sí sólo
no puede penetrar alguna ardua empresa, recurre á ella por
medio de sus semejantes, y sale prontamente de las tinieblas al
goce de la realidad.

La razón es un excelente instrumento dado al hombre para
hacerse sociable: si quiere perfeccionarse no será tomando lec-
ciones fuera de la sociedad; ántes bien por el contrario debe
seguir constante el poderoso principio que le inspiró Dios pa-
ra hacerse feliz por medio de ella: con esta segura esperanza
se afana el sabio por nuevos descubrimientos; se anima el ar-
tesano, y le hace llevar con gusto la pesada carga que le
abruma.

Si es constante, según los pensamientos de Ciceron, que el
hombre que quiere buxar la felicidad no la encontrará fuera
de la sociedad, y mientras no se reviste y acompaña con un
amor recíproco á sus semejantes, mientras no se desvele y tra-
baje por el bien común, se halla excluido de ella, que despues
de Dios nada debemos amar con mas aprecio; siendo así que
tampoco hay cosa que nos sea tan inestimable é interesante,
como bien por menor nos lo amonesta la historia del nuevo
Robinson.

Yo, señor Regañon, he habitado no ha mucho tiempo una
ciudad sumamente deliciosa, en la que durante algunos años
he experimentado en las costumbres de los habitantes de ma-
yor suposicion la mas refinada envidia é impolítica que es de-
cible, y por lo que respeta á la sociedad, ó mas bien insocie-
dad que practican, no puedo ménos de compadecerme con Lú-
culo quando considero que el judío, el moro, el herege, el
cismático, el chino, el tártaro, el persa, el árabe, y otras in-
finitas naciones, por mas distantes que se hallan, por mas bár-
baras que son sus costumbres, y mas diferentes sus ritos, cere-
monias y religiones, se tratan y comunican unos con otros con